

las manos es de oro y mide cerca de dos metros de largo. Es sin duda una de las alhajas más valiosas y artísticas del tesoro de la Virgen y le fué enviado como obsequio de la República Argentina el 22 de Diciembre de 1825. En la mano derecha sostiene cetro de oro macizo, símbolo de su autoridad de Reina. En el izquierdo, hemos dicho que sostiene al Niño Jesús vestido con igual riqueza que su divina Madre y ostentando en su cuello precioso rosario de oro.

El Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Justo Donoso, bien conocido en toda América por sus Instituciones de Derecho Canónico y otras obras teológicas, fué el que en 1853 ordenó de modo definitivo el culto de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo y aprobó el Reglamento por el cual se ha regido hasta la fecha la Cofradía.

IV

EL SANTUARIO.

Más de dos siglos ocupó la Virgen de Andacollo la hornacina principal del templo parroquial del pueblo. Allí acudían á venerarla los fieles y á depositar cuantiosas limosnas. Viendo que la afluencia de peregrinos aumentaba de año en año, que la fama de la imagen milagrosa se extendía por casi todas las Repúblicas de la América del Sur, y estimulado por las ardientes súplicas de sus diocesanos, el Ilmo. Sr. Dr. D. José Manuel Orrego concibió el grandioso proyecto de erigir un santuario que en hermosura y capacidad pudiera competir con los más famosos, que el Orbe católico ha consagrado á la Madre Dios. Para realizar su empresa contaba con la Providencia divina y con el óbolo que la piedad y la gratitud de los romeros depositaban á los pies de la Señora. El 25 de Diciembre de 1873 tuvo lugar la cere-

monia de la bendición de la primera piedra. Uno de los diarios católicos más importantes que se publicaba en Santiago (1) hizo la siguiente descripción: «Á las siete p. m. tuvo lugar esa imponente ceremonia. La hora era la más á propósito y la más poética para un acto como ese. Los últimos rayos del sol doraban apenas ya los más altos picos de aquellas montañas. El cielo estaba diáfano y puro, y en el claro azul del firmamento se veía la luna pálida y melancólica. Una ligera brisa venía á reanimar aquel cuadro que sólo la naturaleza podía suministrar. El orador que dirigió la palabra después de la ceremonia, parece que había adivinado todas estas circunstancias indicadas; de ellas sacó un partido ventajoso para su discurso. Á la hora que hemos indicado, poco más ó menos, salió de la Iglesia el Ilmo. Señor Obispo acompañado de varios sacerdotes. Precedíanlo en la marcha los padrinos que se habían nombrado para aquella ceremonia. Un gentío inmenso se encontraba sobre cada una de las líneas laterales; la calle central la formaban los danzantes. Una cadena no interrumpida de éstos rodeaba las zanjas para los cimientos del nuevo edificio. Aquello presentaba un bello golpe de vista. La piedad de esas compañías de danzas y la variedad caprichosa de sus trajes conmovían el alma de una manera inexplicable.

Aunque el local donde iba á tener lugar la ceremonia era espacioso, con todo, para la multitud se presentaba estrecho. Mucha gente tuvo que subir á la colina que está al oriente del pueblo para contemplar mejor desde allí aquel hermoso espectáculo.

Después de los cánticos y oraciones que la Iglesia tiene para tales casos, el Ilmo. Sr. Obispo colocó la primera piedra, y el Secretario de Su Señoría dió lectura

(1) *El Independiente.*

al acta que se levantó para conservar la memoria del hecho. Acto continuo el Presbítero D. Buenaventura González, nacido en el mismo Pueblo de Andacollo, subió á la cátedra y pronunció un interesante discurso. En él, además de las circunstancias favorables que indicamos, se encuentran pensamientos ingeniosos y felices. Aquella ceremonia dejó, como es fácil suponerlo, una dulce impresión en todos los asistentes».

Los planos de la obra fueron encomendados al hábil arquitecto D. Eusebio Celi, ejecutados por largo tiempo bajo la dirección del presbítero D. David Díaz Stuart y continuados hasta su conclusión por el arquitecto D. Roberto Parker. Veinte años justos se necesitaron para que pudiese inaugurarse y bendecirse solemnemente, ceremonia que se efectuó el 25 de Diciembre de 1893. El Ilmo. Sr. Orrego, al renunciar la mitra el año 1888 con la frente orlada con corona de venerable ancianidad y brillantada por la paciencia con que sufriera achaques físicos y morales, dejó el santuario con techo, cúpula y torres y había invertido en él la respetable suma de doscientos ochenta y seis mil pesos. Á su digno sucesor, el Ilmo. Sr. Dr. D. Florencio Fontecilla, le cupo la gloria de dotarlo de la elegante ornamentación y demás requisitos exigidos para que quedase tal como hoy se encuentra. Sin duda que el Ilmo. Sr. Orrego, iniciador de uno de los templos más suntuosos de María en el Nuevo Mundo, habrá sido recompensado largamente por la celestial Señora, como acostumbra hacerlo con sus más fieles siervos.

El estilo del templo es romano bizantino. Los cimientos, de piedra y cemento romano, tienen seis metros de profundidad y abarcan una extensión de setenta metros de largo por treinta de ancho. Sobre estas sólidas bases empieza á levantarse el colosal edificio, compuesto de tres naves y tres capillas laterales. El material de

las murallas es madera importada directamente de San Francisco de California. Las robustas vigas de una sola pieza miden dieciocho metros de largo. Por el exterior los muros están forrados de planchas de hierro galvanizado perfectamente pintadas. El espacioso pórtico da paso á tres puertas que llaman la atención del viajero por sus finos tallados y molduras. Dos torres descansan en los extremos del pórtico, y en el centro de la cruz latina se eleva gallarda cúpula, cubierta de cristales, que envía torrentes de luz al interior del templo.

En el interior el santuario es grandioso y, por confesión de personas inteligentes, de los más bellos que se hayan dedicado en Europa y América á la Santísima Virgen. Tiene capacidad para que estén cómodamente diez mil personas. Favorece mucho para esto una serie de galerías flotantes colocadas á ambos lados.

El altar mayor lo describe de esta manera mi amado discípulo, el presbítero Roberto Ortiz Alcayaga. «El altar mayor lo constituyen tres grandes cuerpos. El primero está formado por la mesa del sacrificio, que descansa sobre una tarima, la que permitirá que todos los fieles puedan ver y gozar á su satisfacción del esplendor y majestad que la Iglesia sabe dar á las grandes ceremonias. El frontal de la mesa del altar lo compone un hermoso retablo, en cuyo centro se ve un hermoso grupo que representa la aparición de la Santísima Virgen á Sto. Domingo de Guzmán, para revelarle la salvadora devoción del Rosario, y á los lados las imágenes de los cuatro evangelistas.

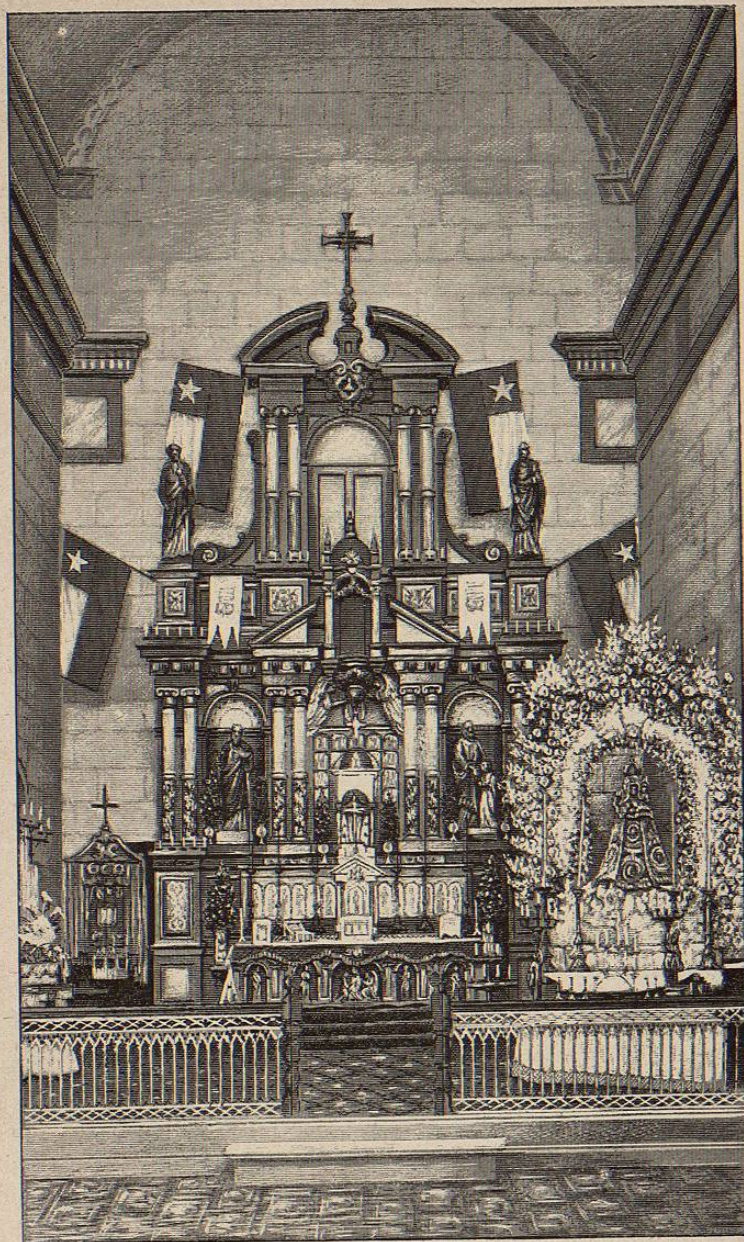
Todas las imágenes del retablo están ejecutadas de relieve y sobre finísima madera de tilo. Sobre la mesa del altar se levanta el sagrario, que es de bronce dorado á fuego, tiene un metro de altura. Es una de las piezas más preciosas y de más gusto que componen el altar. Á ambos lados del Sagrario y en un fondo oscuro apa-

recen las imágenes de los doce Apóstoles, pintadas con vivos colores sobre planchas de cobre dorado. Detrás de la mesa del altar y formando cuerpo con ésta, se alzan dos hermosos pedestales que sostienen el resto de la obra.

El segundo cuerpo lo componen cuatro pares de columnas, en las que se enredan preciosas guirnaldas de flores. En la base y al centro de éstas aparece el tabernáculo, destinado á la exposición solemne, que es un gracioso templete formado por cuatro columnas de bronce dorado que sostienen una hermosa copulita del mismo metal coronada por la cruz. Detrás del tabernáculo y formándole elegante marco, se ve un hermoso retablo que sostiene los quince misterios del Rosario. Los grabados de este retablo son de colores vivos, las imágenes ejecutadas con limpieza sobre láminas de cobre dorado, trabajo artístico, delicado y enteramente desconocido entre nosotros.

Á la altura de los capiteles de las columnas centrales se destaca el majestuoso trono, destinado á contener la milagrosa imagen de la Virgen, sostenido por dos bellísimos ángeles. El trono es tan sobresaliente del resto del altar, que el visitante se hace la ilusión de que está suspendido en el aire y sostenido únicamente por obra y gracia de los ángeles; feliz idea que permite que la milagrosa imagen resalte mejor y pueda ser vista de todos. Entre las columnas del centro y las laterales se encuentran dos nichos que son ocupados por las imágenes de San Joaquín y Santa Ana, de porte natural. Estas dos imágenes representan un acontecimiento de mucha importancia en la vida de la Madre de Dios, cual fué la solemne presentación de la Virgen Niña en el templo y el cumplimiento del piadoso voto de sus padres.

San Joaquín lleva en sus manos las palomas mandadas por la ley de Moisés en estos actos de los deshere-



ALTAR MAYOR DEL SANTUARIO DE ANDACOLLO

dados de la fortuna. Santa Ana está representada con aquella dignidad que debemos suponer en la esposa del Santo Patriarca Joaquín; tiene la Virgen Niña á sus pies y con semblante lleno de dulzura le muestra los tabernáculos del Dios de Israel y la consagra solemnemente á sus servicios.

Este grupo escultural es de belleza artística irreprochable. El escultor, muy bien inspirado en la historia de estos personajes, ha logrado darles la vida y traducir los sentimientos de que ellos estarían animados en tan solemnes momentos.

El tercer grupo completo perfecciona los otros dos. Todas sus partes concurren á dar mayor realce y gracia al conjunto; sobre todo las imágenes de San Pedro y San Pablo son de admirable efecto. Colocadas en las extremidades del altar sobre elegante pedestal, al lado derecho é izquierdo respectivamente, y aisladas del resto de la obra y sin que ningún otro objeto distraiga la atención del visitante, se levantan airozas, de majestuoso continente, para ser vistas desde lejos. Estas imágenes dan al altar cierta luz, cierta animación, y despiertan los sentimientos religiosos de los fieles.

Á uno y otro lado de las imágenes, en dos piezas decorativas en que se leen en caracteres de oro las palabras *fides*, *charitas*, palabras que compendian admirablemente las virtudes en que más sobresalieron los santos apóstoles: San Pedro, el apóstol de la fe acendrada y profunda, San Pablo, todo caridad y el más perfecto modelo del amor que debemos profesar á N. S. Jesucristo. En su parte central se levantan dos pares de esbeltas columnas que encierran un precioso nicho en cuyo fondo azul resalta graciosamente la coronación del trono de la Virgen.

Estas dos columnas sostienen una artística pieza decorativa de forma oval, hendida al centro, de donde

arranca la cruz, coronación y remate de toda la obra.

Al pie de la cruz y descansando en los capiteles de las columnas todos pueden admirar un hermoso escudo con los atributos del Rosario, escudo que publica con elocuente voz que el altar y el soberbio templo están consagrados á honrar á la Reina de los Cielos, bajo esta gloriosa advocación».

V

LA ROMERÍA Y LOS BAILES.

Espectáculo conmovedor es el que ofrece cada año el camino de Andacollo en los días que preceden á la gran fiesta del 26 de Diciembre. Esos áridos montes, de ordinario silenciosos, se animan entonces y son hollados por veinte ó treinta mil personas. Atraídas por las bondades de la Virgen dejan sus hogares y emprenden á veces viajes de cuarenta y más leguas desafiando los rayos ardorosos del sol de verano. Vienen romeros de las diversas provincias de Chile y hasta de la Argentina, atravesando la gigantesca cordillera de los Andes y del Perú y Bolivia surcando el océano. Desde el Peñón se dirigen á caballo, en coche, en carretas, ó á pie, y así suben la fatigosa cuesta, prestándoles alas el amor para no desfallecer. Al divisar desde la cima el santuario con los ojos arrasados en lágrimas dirigen tierno saludo á su Madre y Señora. En cuanto llegan á la plaza, muchos se dirigen de rodillas á visitar el templo, y en esa humilde y penitente actitud penetran hasta el presbiterio. Los hombres van solos y las mujeres sostenidas por deudos de la familia. En todo el día 24 no se corta la cadena de los promeseros, que llegan arrodillados á besar el suelo bendito de la casa de la Virgen. ¡Qué escenas tan tiernas se desarrollan entonces! ¡Qué plá-

ticas tan dulces traban los afortunados romeros con su idolatrada Señora! Son las pláticas sencillas y candorosas de un hijo con su madre tras larga ausencia.

Entre los romeros llaman singularmente la atención los grupos de hombres, que reunidos bajo un cabeza ó jefe y adiestrados, se llaman *Bailes*. Estos son los que imprimen á la fiesta de Andacollo un sello característico. Los bailes son antiquísimos, y alguno, como el de Andacollo, cuenta con trescientos años de existencia, lo que prueba que traen origen de los aborígenes del país. Dividense en tres clases: *turbantes*, *danzantes* y *chinos*. Los primeros forman apenas una compañía de 20 á 25 hombres, y todos son de La Serena. Visten traje blanco y banda terciada en el hombro derecho, y en la cabeza ciñen una especie de turbante ó *cucurucho* adornado de flores y una larga cabellera de cintas, que en los momentos del baile se encrespa en espirales. Los movimientos de los *turbantes* son fríos y monótonos, parecidos á ejercicios militares.

Los *danzantes* son más numerosos, visten trajes amarillos, verdes ó azules según la compañía á que pertenezcan. Llevan bandas y casquete con avalorios, esmaltes y monedas de plata. La danza es más viva y animada. Al compás de una música, que tiene cierto aire de habanera, bailan tres personas y de tiempo en tiempo suspenden la danza, para que uno de ellos entone sencillas cuartetitas y los demás repiten á coro los dos últimos versos á manera de estribillo.

Los *chinos* son los que aventajan en número y visten el antiguo traje de los mineros del país, pero con bordados hechos con todo primor. El color del traje es oscuro, calzan *ojotas* (1), y en la parte posterior del cuerpo

(1) Son hechas de cuero y atadas con correas. En Méjico las llaman *guaraches* y son algo diferentes.

ciñen un cuero delgado lleno de espejuelos. Su baile es de lo más raro que se puede ver en el mundo. Saltan con pasmosa agilidad, como no lo podrían hacer los más hábiles acróbatas de los circos; se envuelven al rededor de sí mismos como una pelota; á veces parece que con la cabeza tocan en el suelo.

Los instrumentos músicos con que acompañan estos bailes son guitarras, acordeones, tambores, platillos, flautas, y sobre todo pitos de caña ó madera forrados con piel que producen sonidos roncós, parecidos á los graznidos de los gansos.

Todos estos bailes reconocen por jefe al de Andacollo, que es descendiente del indio Collo, que encontró á la Virgen, y al cual le dan el título de *cacique* ó Pichinga. Al llegar un baile al pueblo bendito visita primero á la Virgen y después al Pichinga, sin cuya licencia no se le permitiría tomar parte en las fiestas. El número de estos danzantes llega á mil quinientos, y el día de la coronación pasó de dos mil. Los días 25 y 26 concluidas las misas solemnes, la Virgen es trasladada al pórtico y allí van danzando con una constancia que admira. Desde las 11 de la mañana hasta las cinco de la tarde no interrumpen su tarea. Todos los bailes llevan un socio que recita á la Virgen á nombre de los demás poesías sencillas empapadas de ternura filial y que arrancan lágrimas á los circunstantes.

Sirvan de ejemplo las siguientes estrofas de un turbante de La Serena.

Tu devoto Manuel Díaz
Y todos sus compañeros
Á verte, Reina del cielo,
Hoy venimos, Madre querida.
Saludándote preciosa
Azucena del Tabor,

Amparo del pecador,
Madre tierna y cariñosa.

En 1901 el jefe ó cabeza del baile de chinos de Sotaqui cantó estos versos:

Virgen, Madre del Rosario
De Andacollo, hermoso monte,
Hoy te vengo á saludar
Estrella del horizonte;
Me presento, Madre mía,
Junto con todos los chinos;
Hoy te viene á saludar
Este baile sotaquino.

En la madrugada del 27 se despiden entre sollozos de su tierna Madre y todos cantan esta estrofa:

¡Adiós, Virgen de Andacollo!
¡Adiós, hermoso lucero!
Voiveremos á la fiesta
Para el año venidero!

VI

LA PROCESIÓN

Quien quiera presenciar una escena llena de atractivos trasládese á Andacollo en la tarde del 26 de Diciembre en que se hace la procesión de la Santísima Virgen por la espaciosa plaza que está delante del santuario. Ésta queda ocupada por los bailes que dejan holgada calle por donde han de seguir triunfal carrera las andas del Patriarca San José, de San Isidro Labrador y de la Virgen del Rosario. El pueblo se agrupa en el vecino collado, en los techos de las casas, en las torres del